

CESAR AUGUSTO SANDINO Y FARABUNDO MARTI: DOS LUCHAS, DOS REALIDADES

Oscar Menjivar
Profesor del Departamento
de Economía de la UCA

Difícilmente dos personalidades simbólicas tan fielmente dos realidades históricas como César Augusto Sandino y Farabundo Martí lo hacen para Nicaragua y El Salvador desde los años treinta a la fecha. Han sido dos verdaderos "fantasmas" recorriendo la historia de ambos países en el último medio siglo. El uno líder de la Liberación Nacional y el otro de la Guerra de Clases, el uno ideológica y políticamente anti-imperialista y el otro fundamentalmente en contra de la dominación de clase.

Son bastante conocidos los desacuerdos existentes entre las posturas de ambos líderes durante su vida, las diferencias en las luchas que dirigieron y en la forma recurrente en que éstas se han venido presentando, pero es necesario ligarlas y compararlas de nuevo para afinar el análisis de los conflictos más recientes que han tomado lugar en los dos países.

Mientras que Sandino aglutinó fuerzas alrededor de la Liberación Nicaragüense de la dominación absoluta y abierta de los Estados Unidos; Martí lideraba una lucha en contra del sistema capitalista y a favor del socialismo que implantó en Juayúa, "el primer soviét de América". En los dos casos fueron derrotadas las gestas iniciales de estas luchas y se establecieron regímenes surgidos de las propias necesidades de los vencedores.

En Nicaragua se organizó el poder alrededor de una familia capaz de articular un Estado Nacional con grandes fisuras y mantener al mismo tiempo la lealtad incondicional a los Estados Unidos; que al perpetuarse en el poder reproducía esa lealtad ad infinitum. En El Salvador la "solución" fue reorganizar el Estado alrededor de la Fuerza Armada, como forma de evitar el tipo de situación que dio lugar al levantamiento de 1932, y en caso de que esto se diese, reprimirlo en su forma embrionaria.

Ambas soluciones incluyeron una cierta dosis de reformas y dictaron las reglas del juego político en que las sociedades respectivas debían desarrollarse; es decir, establecieron los límites del juego de poder en las respectivas "polis". Por otro lado mientras la una se basó en la intervención extranjera para ser impuesta, la otra surgió propiamente del poder de los grupos dominantes y nacionales, y esto marcó la forma en que organizaron sus apoyos en el resto de la sociedad. En este aspecto mientras en Nicaragua se definieron "somocistas y anti-somocistas", en El Salvador se han venido definiendo "comunistas y anti-comunistas" a través de las últimas décadas. Los unos en contra o apoyando la dominación familiar impuesta del extranjero y los otros cuestionando, o siendo percibidos como cuestionando el sistema.

En la situación actual vuelven a tomar estatura esos dos grandes conflictos y esas dos grandes figuras. La lucha triunfal en contra de la dictadura de Somoza ha resultado en el establecimiento de un poder diferente y de



El General de hombres libres, César Augusto Sandino, (centro) y Farabundo Martí (derecha) en 1931, cuando luchaban contra la penetración norteamericana en suelo nicaragüense.

unas reglas del juego distintas a las existentes en ese país hasta ese momento, que no se pueden calificar de un cambio fundamental del sistema social. Esta fue resultado de la unidad surgida en contra de la mantención en el poder de Somoza e incluyó a sectores pertenecientes a diversas clases sociales y con distintas posturas ideológicas. Esta unidad es posible precisamente por el tipo de lucha de que se trataba en la cual tenían cabida —y no veían afectados sus intereses fundamentales— todos aquellos sectores que se opusieran a la dictadura somocista.

Dado también que la política exterior de los Estados Unidos ha experimentado una cierta evolución en los últimos tiempos, es lógico que esta evolución se haya traducido en un factor efectivo de la caída de la dictadura somocista, en la medida que precisamente se trataba de una dominación garantizada por aquel país desde su origen.

En El Salvador por otro lado, la lucha más intensa en contra del actual régimen está planteada desde una postura que propugna un cambio de sistema y en la cual quedan excluidos los sectores sociales que ligan sus intereses fundamentales a la existencia del mismo. En ella se pueden aglutinar solamente los que están dispuestos a encarar ya la lucha por un cambio de sistema.

Es lógico que el mismo carácter del conflicto deje fuera de la participación activa a amplios sectores que, aunque vayan a ser favorecidos o desfavorecidos por un cambio de sistema, perciban que en el momento actual lo que está en juego no es dicho cambio. Y es también lógico esperar que en la medida que el conflicto se intensifique se vayan sumando a uno y otro lado nuevas fuerzas que se dispongan a defender sus intereses fundamentales por todos los medios.

Dentro de esto también es claro que la evolución en la política exterior de los Esta-

dos Unidos esté teniendo poco efecto sobre una definición en contra del régimen en El Salvador, pues los garantes del "orden establecido" más importantes son nacionales y esa evolución experimentada no llega al punto de permitir el advenimiento de un sistema socialista, ni mucho menos.

Es interesante señalar la forma en que se percibe el conflicto nicaragüense en El Salvador y lo difícil que se hace entenderlo a muchos compatriotas, ya que se traduce al "salvadorenño" buscando si son o no son "comunistas" y si no lo son cuándo se van a volver, etc...

Las diferencias esenciales en los dos momentos históricos y las dos luchas convierten las formas políticas de los conflictos en acciones y niveles bastante distintos, ya que mientras en Nicaragua se podía "alinear" a favor de la dictadura a sólo los elementos más comprometidos con ella, en El Salvador se podrían alinear a todos aquellos más comprometidos con el actual sistema social. Por el otro bando sucede lo mismo: los que allá estaban dispuestos a derrocar a Somoza y los que aquí lo están para cambiar el sistema social en forma radical. Estos alineamientos políticos son los que luego se expresan militarmente y definen la capacidad de fuego, reclutamiento, aliados, etc. Y eventualmente el triunfo o la derrota del movimiento insurgente armado. Es decir, para El Salvador, otro 32 o la Revolución Socialista, pero en ningún caso "otra Nicaragua". No en balde tuvieron sus diferencias Martí y Sandino y no en balde sus nombres son asumidos por los movimientos armados que han retomado sus luchas y posiciones.